

Tejido social: una mirada desde la reconciliación

Para reconstruir la memoria del conflicto armado se debe reconocer la multiplicidad de relatos que se pueden encontrar al iniciar el recorrido por los territorios donde estos ocurren, comprendiendo la diversidad de interpretaciones y significados que se pueden dar a los grupos que componen el tejido social del país.

El capítulo cinco del informe Basta Ya, “Memorias: la voz de los sobrevivientes”, en el que se recogen las memorias de las víctimas del conflicto armado interno en Colombia, indica que:

Esto supone rechazar cualquier intento por condensar estas memorias bajo una sola lógica narrativa o marco explicativo, o atribuirles un sentido cerrado, fijo e inmutable (...). Este ejercicio de reconocimiento de las memorias de las víctimas constituye un patrimonio público, cuya impronta en la sociedad colombiana aporta a la consolidación del compromiso con la no repetición. La memoria del sufrimiento que la guerra trae a las personas, en sus mundos sociales y entornos naturales, constituye un hilo narrativo que estructura un amplio conjunto de los relatos recopilados por el Grupo de Memoria Histórica. Estas son narrativas que registran el horizonte del dolor y de la crueldad humana en la vida de las personas y de las comunidades. Uno de sus sentidos centrales es dar testimonio del sufrimiento y la crueldad a los que las víctimas fueron sometidas debido a conflictos. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012)

Abarcar el concepto de tejido social en un país que ha evolucionado en medio del conflicto no es nada fácil; es ahí donde el periodista, y con más razón los periodistas jóvenes, tienen el reto de reconstruir el sentido de solidaridad, protección y respeto a los derechos. ¿Cómo se logra esto? A través de

contenidos informativos sólidos que generan seguridad ante las adversidades. El tejido social en manos del periodismo estudiantil debe ayudar a preservar la riqueza cultural que cada región guarda y que se ha ido desgastando debido a la nociva incidencia de la violencia.

El posconflicto les está entregando a los periodistas más jóvenes de Colombia un territorio enorme por recomponer, partiendo de una comunicación seria que debe apoyar la reconstrucción de “los lazos colectivos y los vínculos de identidad”, como lo afirma Elisabeth Ungar Bleier en un informe publicado por El Espectador en el año 2011.

Es claro que con el posconflicto y con la transformación que se debe comenzar a dar en el periodismo, tomando como punto de arranque la pedagogía de Paz, no se olvidarán 60 años de guerra en los territorios y en los núcleos más afectados por la violencia. Pero reconstruir el tejido social es un camino largo que exige a las nuevas generaciones de periodistas diseñar productos que intenten alejar a la ciudadanía del odio y la venganza, para alentarlos al perdón y la reconciliación. La violencia ha fomentado una serie de creencias y valores que deben ser superados con las herramientas de cambio que brinda la información, para permitirle al receptor momentos de reflexión sobre su accionar; en ese sentido, el periodismo y la comunicación se vuelven agentes transformadores y constructores en la ruta al posconflicto.

Claves para reconstruir el tejido social

En el mencionado capítulo del informe Basta Ya, se encuentran ejes claves para aportar a la reconstrucción del tejido social, que en el contexto presente sirven como herramientas periodísticas para la recapitulación de la memoria del conflicto armado interno:

- 1) Un **eje narrativo**, que registra el horizonte del dolor y de la crueldad humana desde el que los testigos y sobrevivientes recuerdan lo que pasó.
- 2) Un **eje interpretativo**, que ubica la complicidad y el estigma como memorias emblemáticas desde las que las víctimas explican los orígenes y las causas del conflicto armado en su territorio, o sea, por qué pasó lo que pasó.

- 3) Un **eje de sentido**, que registra las respuestas y recursos de las personas frente a la violencia armada con sus numerosos actos de protección, solidaridad, rescate, desobediencia y resistencia directa e indirecta. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012)

Aplicación de claves

El caso de Yuheni Izquierdo

El siguiente relato sigue el modelo propuesto por el texto del Centro de Memoria Histórica. Fue publicado en el capítulo ‘Caminos en la Colombia Profunda’ (Navarrete & Behar, 2017), por los autores Olga Behar y Pablo Navarrete, del libro ‘Nosotros no Iniciamos el Fuego’:

La primera vez que Yuheni Izquierdo quiso escaparse de su casa para ingresar al antiguo Bloque 21 de las Farc iba a cumplir 15 años y su mamá le pegó hasta el cansancio, ese fue uno de los duros golpes que recibiría cuando se cansó de ver la misma guerra de siempre en su pueblo. Sin embargo, esa semana, la de su primera paliza, le dijo a su mamá que había conseguido un trabajo en Bogotá como aseadora, empacó la poca ropa que tenía y fue recibida como joven militante en las filas del grupo guerrillero.

Vivía en un pueblo del suroccidente del Tolima, entre San Antonio de los Micos y Chaparral; su mamá era una campesina que había escapado del Huila por el creciente fenómeno del desplazamiento y el hurto de tierras por paramilitares en la región, y había llegado al pueblo con tres hijos pequeños, esperanzada en darles una vida alejada del terror.

Era difícil contener, con buenas intenciones y trabajo duro, el destino al que Colombia se iba acercando, no sería fácil alejar la guerra de sus niños. El ejército y los grupos paramilitares, que habían formado una alianza para controlar las zonas rurales del país, se tomaron el territorio tolimense a finales de la década de los 70, y San Antonio de los Micos, que para ese entonces sería una zona vista como ‘la nada’, comenzó a ser el blanco perfecto de violaciones a los Derechos Humanos.

Los paramilitares llegaban al pueblo todos los días pasadas las cinco de la tarde, con una lista de sentenciados; la lista siempre era nueva, nunca repitieron nombres; a esa hora Yuheni y sus hermanos debían estar durmiendo, igual que todos los niños del pueblo, como lo ordenaban “los paras”. Mientras tocaban de puerta en puerta, buscando traidores que tuvieran nexos con alguna guerrilla, Yuheni, de nueve años, miraba al techo de la alcoba y rogaba que en la lista no estuviera su padrastro, su mamá, o alguno de sus vecinos.

Era un pueblo tan silencioso que hasta el miedo se podía escuchar, y el ruido del miedo sonaba tan fuerte que nadie podía dormir tranquilo. Durante años, así trataran de espantar al terror con el sueño, todos los niños escuchaban cada tiro, cada insulto, y cada voz que se apagaba. Cuando a las seis de la tarde comenzaban a sonar los tiros, nadie podía gritar, les tocaba tragarse el miedo y esconderse entre las cobijas. Luego no había más opción que tratar de dormir unas horas, con los muertos y el dolor esperando en las calles.

La mañana siguiente mostraba la peor parte de la pesadilla; al salir de la casa para hacer el primer mandado, Yuheni se encontraba con los cadáveres mientras iba de camino a la tienda y veía el letrero que cada uno tenía pegado: “Quien recoja a este muerto es cómplice de la subversión y se atiene a las consecuencias”. Nadie podía levantar los cadáveres de sus familiares o amigos, les tenían prohibido enterrarlos dignamente; solo podían ver cómo sus cuerpos se descomponían con los días, llorar en la soledad de sus casas, luchar para conciliar el sueño todas las noches, y tratar de continuar con sus vidas, así nada más.

La violencia le saca arrugas al alma, crecer en medio del conflicto armado no es tan simple, no es solo la sangre que se derrama en los combates entre adversarios; es la carencia de futuro lo que obliga a Yuheni cuando ya roza los once años, a comportarse como adulta, a vivir en la angustia y el terror para salvaguardar su vida, y a empezar a evaluar decisiones tan serias, como ver en la guerra la única manera para salir de un conflicto al que ya no le encontraba solución.

Con los años, la mamá de Yuheni y su padrastro tuvieron cuatro hijos más ¿cuatro hijos más de la guerra?— pensaba la niña. Se supone que los hijos son mensajes de futuro, apuestas por una sociedad equitativa y solidaria, pero no. Nacer en medio de la crueldad no da tregua, es un problema más, y en este caso, cuatro vidas más que proteger. La preadolescente sabía, con seguridad, que su presencia en la casa era una oportunidad de vida que se estaba desgastando por la resignación a vivir en el miedo, y que si quería un futuro, este no estaba en el Tolima.

A comienzos de los años 80, las Farc hicieron presencia en las zonas donde el paramilitarismo se había situado, y en aquel pueblito, donde nunca hubo noción de derechos, ni de sistemas de protección a las comunidades, empezaron los enfrentamientos entre guerrilleros y paramilitares para el “restablecimiento del orden social”, y el amparo a las “víctimas de la guerra”, conceptos que los habitantes del pueblo nunca habían escuchado.

Esto causó un gran impacto en la comunidad, ya no eran habitantes de un pueblo indefenso y desprovisto de herramientas para enfrentarse a sus verdugos, ya sabían que eran víctimas del conflicto armado, tenían una identidad, entendían

que su dolor no era menos grave que el odio de los paras, y que podían defender sus vidas con la “lucha armada”.

Así lo entendió Yuheni, quien, para finales de 1985, siendo consciente de la fragilidad y el abandono del gobierno en curso, cansada de ser una carga más para su familia y huyendo de los malos recuerdos de su pueblo, sin saber que años después la guerra la volvería a poner en ese mismo lugar, decidió entrar a las Farc.

Yuheni seguía siendo una niña cuando entró a las Farc, nunca había tomado un arma, aunque sabía que tendría que hacerlo en algún momento; apenas estaba terminando la primaria cuando ingresó a las filas de la guerrilla, así que comenzó todo el proceso de formación intelectual en medio de la selva:

–Se nos instruía de manera mucho más didáctica, yo lo miraba como algo nuevo; era nuestra educación, la guerra la enseñaban en medio del juego; el entrenamiento y la educación los enseñaban a través del juego, no nos ponían a dar bala porque sí, nos protegían con la educación, el arma es una herramienta. Sé que hice mucho daño, pero nunca nos sentíamos alegres de matar.

Tras seis meses del entrenamiento en el antiguo Bloque 21 de las Farc, ocurrió el primer enfrentamiento con el ejército:

– ¡Los chulos, los chulos!, gritaban los que estaban haciendo la ronda esa madrugada. Yo me levanté muerta del susto, no porque me iba a tocar disparar, sino por la tos tan horrible que tenía. Me tocó ponerme un chiro entre la garganta y pasar entre los militares calladita para que no me escucharan, así pase hasta la otra orilla del río.

Esa madrugada de mayo, Yuheni disparó por primera vez un arma y desde ese momento, así ella no se hubiera dado cuenta, los militares de la zona central la tendrían fichada como una de las más indeseables.

Desde sus 15 años había estado dirigiendo operaciones, por instrucciones del comandante Manuel Marulanda, para la recuperación total del Tolima, que aún seguía invadido por paramilitares; todos los procedimientos de guerra organizados por ella terminaban siendo un éxito para la guerrilla; por esa razón, había varias fotos de ella en las oficinas de inteligencia del Batallón Central y la tenían señalada como *La mona*. Tres años después –en 1989–, cuando la guerra entre guerrilleros y militares estaba pasando por su momento más cruel, Yuheni dirigía una misión de finanzas y orden público para el Bloque, en la parte baja de Cajamarca.

Eran las nueve de la mañana cuando *La mona* fue puesta en evidencia por un desertor del antiguo Bloque 21, que la tenía vigilada con ayuda de Inteligencia Militar, después de haber arreglado con la Justicia Penal Militar su libertad a

cambio de destacadas cabezas del Bloque Central de las Farc. Años más tarde, se enteraría de que el sapo fue condenado a 31 años de prisión por crímenes de guerra denunciados, por ella misma y por otros miembros de las Farc, ya en prisión:

–Me capturaron en la parte baja de Cajamarca, en San Lorenzo, pero al sapo todavía no lo habían traído para que me reconociera, me amarraron de pies y manos para que pudiera medio caminar, yo pensé que me iban a bajar para el Batallón a procesarme, tan ilusa que es una, pero no, me subieron para el monte, allá arriba en Santana. Me llevaban a torturar.

Al llegar a la zona plana de la loma, la sentaron junto a otras diez niñas, muy parecidas a ella. Frente ellas había un grupo de 40 militares esperando que alguna confesara su identidad “¿Quién es la mona?” Gritaban furiosos. Le preguntaron muchas veces a Yuheni que si ella era *La mona*, pero siempre lo negó. No la habían podido reconocer porque las fotos que tenían habían sido tomadas dos años atrás, -y en dos años de guerra, definitivamente, el rostro tiene que cambiar-. Aseguró que estaba por esos lados porque iba a comprar unas gallinas, le dijo al comandante a cargo de la misión que por favor no la tocaran, pues estaba embarazada, y con más mentiras trataba de quemar el tiempo para salvar su vida. El tiempo se le acabó. A las 4:30 de la tarde de ese mismo día, llego “el sapo”:

–Salió del cañaduzal con un militar, me vio desde el otro lado, se acercó, me miró a los ojos, luego me señaló y dijo: sí, ella es Yuheni. Es ‘La mona’.

En esta parte de la historia uno alcanza a entender que la violencia no se combate con más violencia. Eso nunca lo entendieron, ni lo aplicaron, los militares ni los guerrilleros, hasta años después con el arduo proceso de los Acuerdos de La Habana.

–El capitán de la operación era un negro gigante, se me acercó y me pegó un puño en la cara. “No me vuelva a mamar gallo jamás en su vida”, me dijo muerto de furia.

Yuheni no recuerda el nombre de ese capitán, y prefiere no hacerlo. Ese día fue violada y empalada por los militares, sus manos y pies quedaron destruidos por la cantidad de agujas que le metieron entre los dedos, y casi muere por la hemorragia, que no le fue atendida con prontitud, luego de una tortura que duró horas. Cuando vieron que se estaba muriendo, la subieron en un camión y la llevaron de urgencia al Batallón para que la atendieran primero, y procesaran jurídicamente después. Al llegar al Batallón, uno de los militares que la acompañaba le dijo en secreto: “Voy a avisarle a Derechos Humanos que usted está aquí, si usted se nos muere, se arma un lío”. En últimas, fue ese llamado lo que la devolvió a la vida.

En 1990, Yuheni fue condenada por un juez sin rostro de Cajamarca, a 12 años de prisión en la Cárcel del Buen Pastor, en Bogotá. Sus torturas nunca fueron reconocidas por el Estado colombiano, y por más que la UNESCO y la ONU calificaron su caso como una violación a los derechos humanos, nadie ha respondido por sus torturas hasta el día de hoy.

Estar en la guerra debe conmover el alma, ella estaba segura que debía realizar acciones reparadoras con todas las víctimas del conflicto armado que se encontraría dentro de la cárcel, por un lado, para sanar las heridas que ella podía haber provocado en algún momento de su vida; y por otro, para no dejar que el insulso y cruel sistema penitenciario se la tragara viva.

Empezó a leer libros de derecho, se aprendió de memoria las leyes de las que se podía valer, para defender su integridad y la de sus compañeras. Ella sabía que las cárceles estaban en la obligación de darles las tres comidas diarias, pero a las tres de la tarde las guardianas las encerraban en las celdas sin derecho a comer. No les dejaban ver a sus familiares, más que dos veces por año.

—El Estado ha inventado leyes, no para solucionar o solventar la crisis de los prisioneros en Colombia, sino para fortalecerla y atacar a los mismos prisioneros. Para irnos aislando de la sociedad. A mí me quitaron el derecho a ver a las Farc, tuve que alejarme de mi familia, las Farc son mi familia y no pude hablar con ellos en 12 años. El Estado hace eso porque quieren que sintamos que la sociedad nos odia, siempre quieren hacer del odio la razón para todo. Pero en la cárcel le toca a uno moverse a trabajar por uno mismo y no dejarse olvidar de la vida, para tener conciencia y decirle al país que uno es luchador.

La primera huelga la hizo, con otras 40 prisioneras, ante el INPEC, por llevarles comida podrida en navidad a las presas del Buen Pastor. Los organismos internacionales de Derechos Humanos escucharon su nombre, por primera vez, en 1999, después de esa huelga, cuando el Fiscal General salió ante los medios de comunicación a decir que ella, como el número 12 de la lista de presos canjeables de las Farc —un tema que se venía tratando desde el año 1997—, no tenía derecho a ser canjeable, por un fallo en el que se le negaba el derecho a la casación.

Las Mesas de Derechos para Prisioneros Sociales se pusieron en contacto con ella para promover una gira por las cárceles de mujeres de Manizales, Medellín, Ibagué, Bucaramanga y Armenia, donde ella, como naciente líder de Derechos Humanos pudiera dar capacitaciones acerca de los mecanismos que podían implementar, para exigir sus derechos ante los mandos de las cárceles:

—No duraba ni un año en las cárceles a las que me trasladaban. Las organizaciones de Derechos Humanos todo el tiempo me movían porque las directoras de las cárceles me consideraban un problema.

Yuheni salió en libertad de la Cárcel de Mujeres de Bucaramanga en el año 2002; ese mismo año volvió a ingresar a las Farc, quería hacer el curso de Fuerzas Especiales y fortalecer sus capacidades militares, para que la historia de maltrato no se repitiera jamás, pero el destino quería alejar a Yuheni de las armas y la nombraron coordinadora de la emisora regional de Marquetalia y el Tolima, era una experiencia totalmente diferente a lo que ella esperaba después de estar doce años metida en las cárceles del país; ahora narraba el conflicto desde la selva colombiana, y ponía vallenato en la mañana para alegrar a los guerrilleros. Ya se iba cansando de la guerra.

En el 2012, ya era enfermera del mismo Bloque Central, donde siempre había operado, cuando una emboscada del ejército sorprendió a los guerrilleros:

–Los paramilitares y el ejército nos tenían acorralados, era una época difícil, estaban persiguiendo al camarada Alfonso Cano, quien supuestamente estaba en el Tolima, y en uno de esos enfrentamientos me agarraron cuidando a un enfermo.

De nuevo fue capturada y condenada a tres años de prisión en la cárcel de mujeres de Coiba, en Picafeña. Esos tres años marcaron su vida para siempre, no quería más guerra, ni armas; estaba cansada de ver la injusticia y el maltrato a las mujeres presas. Hizo una huelga de hambre durante 25 días, exigiendo “garantías de vida para las mujeres encarceladas” y gracias a eso se conformó la Red Nacional de Mesas para los Derechos Humanos de Presos.

–En 2015 quedé libre y me encontré con un país cansado de la guerra, al igual que yo. Ya no los veía tan diferentes. Todos se veían esperanzados y con ganas de salir adelante-.” (Behar & Navarrete, 2017)

¿Qué se observa en la historia de Yuheni?

Primero se evidencia que las formas de violencia que ocurrían en 1985, el año en el que ella ingresó a la guerrilla, aún siguen dominantes, y aún peor, han adquirido una clara capacidad de inventiva con el pasar de los años. En principio eso es lo que se debe comprender: el proceso de Paz con las Farc existe porque las causas básicas que le seguían dando vigencia al conflicto armado, continuaban. Esas causas iban desde la guerra por la tierra hasta la exclusión política.

En cuanto a los tres ejes postulados por el Centro Nacional de Memoria Histórica para la reconstrucción del Tejido Social, estas son las maneras en que se podrían aplicar para la reconstrucción periodística de la historia de Yuheni Izquierdo:

- **Eje Narrativo o hilo conductor:** Yuheni es el hilo conductor, sobre ella transcurren todos los sucesos y su testimonio permite la reconstrucción de lo ocurrido. Allí se logra identificar el planteamiento.
- **Eje interpretativo, ¿por qué pasó lo que pasó?:** Para lograr contar la historia de Izquierdo fue necesario indagar en el origen de la historia *¿Por qué Yuheni entró a las Farc? ¿Cuáles fueron las razones para haber sido torturada por el ejército? ¿Por qué San Antonio de los Micos y Chaparral (lugares donde Yuheni pasó su infancia) eran territorios tan afectados por los grupos paramilitares? y ¿cuáles fueron las razones para haber estado en la cárcel?*
- Esas preguntas permiten observar al personaje sin estigmas, liberándolo de la memoria que le produce prejuicios al periodista, y no convertir al entrevistado en cómplice del horror.
- **Eje de sentido:** Esta parte enmarca el accionar de Yuheni; es decir, registra las reacciones y los recursos que Yuheni utilizó en defensa de los abusos, como por ejemplo: la razón que la obligó a entrar a las filas de las Farc, las huelgas de hambre, la fuerza que la empezó a caracterizar a lo largo de la historia para volverse defensora de derechos humanos y los cambios de roles que tuvo dentro de la organización guerrillera.
- *¿Por qué tomar como ejemplo la historia de Yuheni si ella pertenece a un grupo armado que ha sido autor intelectual y material de violaciones a los derechos humanos durante los últimos 60 años?*

Para permitir la humanización del victimario a través de sus relatos. No para justificar sus acciones pero sí para comprender que las actitudes, los gestos, el modo de hablar y las emociones desprendidas de ese personaje hacen parte de la reconstrucción del tejido social. No se puede rearmar el rompecabezas de todos los actores vinculados al conflicto armado mediante lenguajes que excluyan y juzguen, pues seguramente su accionar responde a hechos de terror ocurridos en el pasado.

¿De qué sirve entender la historia de Yuheni?

- Para no apoyar los fenómenos que se han invisibilizado en el conflicto armado.
- Para comprender que aquellos que son vistos como victimarios, posiblemente tienen un pasado tormentoso como víctimas después de haber recibido ataques de otros grupos armados ilegales.

- Como aporte a la superación de los acontecimientos que han generado cicatrices en los protagonistas de estas historias.

Son claves fundamentales para aportar, desde el periodismo, a la reconstrucción del tejido social. Andrés Suárez, investigador del Centro Nacional de Memoria Histórica, lo explica de la siguiente manera: “Cuando uno invisibiliza un fenómeno no puede entender la importancia de superar ese fenómeno, e invisibilizar la importancia del conflicto armado es demeritar la importancia de la Paz” (Suárez, 2013).

Memoria: el legado que queda después de la guerra

La diversidad de métodos narrativos que tiene el periodismo, más aún cuando se lo está aprendiendo y descubriendo, permite al estudiante reflexionar sobre lo que ha dejado la guerra y sobre los hechos que componen, tanto la memoria como el olvido que precede a la violencia armada en los territorios.

La reflexión conmemora la deuda que las generaciones más veteranas de periodistas tienen con las víctimas del conflicto armado y pone en manos de los más jóvenes el reto de revivir sus historias con respeto y de contar el horizonte que han tomado sus vidas desde los hechos que tuvieron que padecer como receptores del conflicto armado interno.

Esa noción de deuda, frente a quienes más han sufrido el flagelo de la violencia en Colombia, permite que el periodismo estudiantil se convierta en el mecanismo para reelaborar el tejido social, ya que vincula los rostros y las voces de quienes han estado opacados por el olvido durante años.

Para ilustrar con más detalle la participación de los estudiantes en la reconstrucción del tejido social a través de narrativas periodísticas, exponemos la historia de Nina Pizarro (antigua integrante del M-19 y hermana de quien fuera su comandante general, Carlos Pizarro) y su esposo Rafa (oficial retirado del Ejército de Colombia), crónica publicada en el periódico *Utópicos* de la Universidad Santiago de Cali y realizada por el coautor de este libro, Pablo Navarrete, estudiante de Comunicación Social,. A continuación, el texto en mención.